

La tela de Penélope Melo

José de la Colina

Recibí hace unos días un libro de la colección Ficción Breve de la Universidad Veracruzana: *La Rueda de Onfalia*, de Juan Vicente Melo, con un hermoso prólogo de Guillermo Villar. Lean ese prólogo: en tan pocas páginas Villar pone en pie a Juan Vicente niño, espía auditivo de los viejos tranvías veracruzanos; Juan Vicente narrador oral de siempre las mismas y siempre distintas historias vividas, convividas, con bebidas; Juan Vicente Melo melómano y melomaniaco, de Mozart a Bartok pasando por Chopin *e altre*, de Gonzalo Curiel a Bola de Nieve pasando por Agustín Lara —y yo añadiría a Pérez Prado—; Juan Vicente mal veracruzano capaz de ignorar a los héroes beisboleros Lázaro Salazar y Ángel Castro y ese espléndidamente llamado Martín Dihigo; Juan Vicente catastrófico, capaz de defenestrar (este galicismo significa “arrojar por la ventana”) la máquina de escribir por no saber ponerle la cinta; Juan Vicente en su infancia jugando a creer en Dios o a ser chinito de palanquín y farolitos; Juan Vicente reinventor de Juan García Ponce, Inés Arredondo y, oh, José de la Colina, mediante el chisme cariñoso, el elogio delirante, la amistad fuerte y devoradora; Juan Vicente narrador poeta, libre, cristalino, opaco, rápido, lento, barroco...). Ah, me dije, por fin la novela largamente anunciada por Melo,

pero no, aquí había un error, esa novela aún no existe, está todavía acechándonos en el prometedor y rara vez cumplidor futuro,

todavía Juan Vicente Melo está tejiéndola y destejiéndola como la tela de Melólope, soñándola y des-soñándola como el insomnio de Meli Bloom, retorciéndola en ocho y en dos trayectos sobre una sola banda, como la cinta de Melobius, escribiéndola cada noche y desescribiéndola al día siguiente y con una prosa líquida, corporal, ondulada, esquinada, sensual, musical siempre,

escribiéndola como la gran novela tan infinitamente prometida y nunca cumplida que uno de los más evasivos escritores que yo habré conocido ha querido sin duda inscribir en la lista de las más hermosas novelas fantasmas

(ya se sabe que así como las canciones más bellas son las canciones más desesperadas, las mejores obras literarias pueden ser las nunca terminadas: por ejemplo *América* de Kafka, por ejemplo *Del tiempo y del río* de Thomas

Wolfe, por ejemplo la Gran Obra de Mallarmé, por ejemplo *El sueño de los guantes negros* de Ramón López Velarde, por ejemplo *Las memorias de Kilroy* de Pedro Miret),

porque además el ejemplar que me fue enviado como un silencioso balazo, como un cuchillo mental, como una rosa saxífraga (*la flor*, decían los antiguos, *que parte las piedras*), viene con la circunstancia absolutamente sospechosa de no traer dedicatoria de puño y letra (el característico puño blando, la característica letra parvularia) del autor,

lo cual, déjenme ustedes decirlo, caiga quien caiga, nunca me ha pasado con los libros de Juan Vicente,

pues esos libros, a mi y a unos cuantos amigos más, siempre nos llegan dedicados por él y aun antes de que sean publicados, aun antes de que sean escritos, aun antes de que sean vagamente intuidos en la obediencia nocturna (y diuturna) al sueño o al alcohol o al insomnio,

de modo que dicho sea axiomáticamente: **libro de Melo que me llegue sin dedicatoria del susodicho, corre todas las probabilidades de ser un falso, un apócrifo, un seudógrafo, un quimérico hipogrifo,**

y más cuando en la nota que viene en la cuarta de forros se refiere o infiere o prefiere que Melo "alcanzó a dar por finalizada pocos días antes de morir" la tal novela,

y yo no creo que, pese a todas sus desventuras físicas, existenciales, sentimentales, espirituales, espirituosas, Juan Vicente no se moría porque continuaba escribiendo, lo sostenía la escritura, le daba respiración artificial el deseo de acabar *La rueca de Onfalia*, como se ha dicho;

más bien creo todo lo contrario: creo que Juan Vicente no se moría, no se muere, porque está obstinado, allá en Veracruz, solos él y su alma, pero acompañados del ron y el cigarrillo y Debussy y la cómplice noche, en escribir y describir y nunca acabar de reescribir *La Rueca de Onfalia*,

que eso quería él, eso había soñado él, eso en cierto modo ha ido haciendo él siempre:

escribir un libro infinito que existe no sólo desde cuando comenzó a poner en palabras una convocatoria a sus fantasmas, no sólo desde cuando manuscibió o mecanografió en una hoja el título de *La Rueca de Onfalia*, no sólo desde cuando tantas veces nos contó (y aún está contándonoslo) el cambiante argumento a sus amigos, sacándolo a la luz desde la oscura memoria de su familia,

sino que yo diría desde que en su niñez empezó a oír, a ver, a registrar fielmente y a suponer, alterar, inventar, mentir historias familiares, todos los episodios que él, hilándolos en la rueca de Onfalia, pondría en la tela de Penélope.

No, Juan Vicente no ha "dado por finalizada poco antes de morir" *La Rueda de Onfalia*, sencillamente porque está aún escribiéndola y, como todo buen y honrado escritor, no *sabe* lo que va a escribir, o como ya dijo en su autobiografía o su automoribundia: "yo no sé nada de mí, ni de lo que seré como escritor dentro de diez años" y "no me conozco aunque responda a mi nombre cuando llaman por teléfono" y "si me asustan los principios, los finales me aterran, simplemente porque la vida sigue; continúo escribiendo, no sé lo que va a ser de mí el día de mañana; sin embargo estas líneas representan un principio; algo se me ocurre: seguir inventando lo no dicho, contando mentiras a fin de hacerme participe de otra realidad, porque ésta, la que vivo, me resulta intolerable" y "me asustan los finales".

Y sin embargo aquí está, aquí tengo en las manos este bonito libro *La Rueda de Onfalia*, de Juan Vicente Melo con su hermoso prólogo de Guillermo Villar, libro resultado de la colaboración de Jorge Brash, Guillermo Villar, Ana María Jaramillo, la Universidad Veracruzana, la imprenta de la Editorial Ducere. ¿Un falso, un apócrifo? ¿Una mentira? Cómo saberlo. Juan Vicente Melo es mentiroso, él mismo ha declarado (vuelvo a citarlo) que le gusta inventar lo no dicho, contar mentiras, porque la realidad que vive le resulta intolerable, y don Ramón María del Valle Inclán me llama por el teléfono de los muertos, es decir la tabla ouija, para recordarme que la mentira puede ser la otra cara de la luna de la verdad, o más brevemente dicho: la otra verdad. Y este mentiroso fantasma Juan Vicente Melo, que falsifica una terminada novela de Juan Vicente Melo,

magníficamente imita, reinventándola, la escritura de Juan Vicente, el ritmo de sus frases largas y onduladas, debussianas, ravelianas, o cortas e interruptivas y filosas, bartokianas; qué bien juega con la repetición de motivos, de monosílabos, de imágenes, y cómo, antes de obedecer a un argumento, una historia o un "tema", obedece a un ritmo, y se quema en el mismo fuego del que nace y renace, inventando, reinventando la verdad profunda, la mentira magnífica del ave Fénix melodioso Melo tal como en sí mismo muere y renace, tejiéndose en su tela de Penélope, devanándose desde su rueda de Onfalia, como en este fragmento que en sí ya es una novela completa y en el que está Juan Vicente, estamos sus amigos, Juan García Ponce, Inés Arredondo, Huberto Batis, Guillermo Villar, José de la Colina y algunos más, en fin, estamos todos en la noche alucinada, la obediencia nocturna, entre los muros enemigos, en el eterno fin de semana celestial e infernal, viviendo nuestro festín de la araña:

"Y Lorenzo Rosique sube y baja por esa calle, frente al balcón, siempre acompañado de otros jóvenes que lo escuchan contar de fiestas a que asiste, reuniones ensordecedoramente múltiples en las que se consumen muchos litros de alcohol y que terminan casi al amanecer, de las que sale sostenido

por un brazo amigo y en ocasiones, muchas, por mujeres de rotundas caderas y senos firmes; contar también a un muchacho que aparenta su misma edad y que no disimula su asombro, la asistencia a cines y teatros, audiciones musicales, cafés o bares en los que se ingieren licores importados o, cuando la economía es lamentable, productos más baratos cuya compra es posible gracias a la colaboración espontánea de los presentes que siempre manifiestan síntomas inequívocos de una sed abrasadora —‘como si fuera castigo de Dios o pecado no absuelto por el diario vivir en el desierto’.”